

L'EMPIRE CONTRE-ÉCRIT

33^{ES} ASSISES DE LA TRADUCTION LITTÉRAIRE À ARLES

11-12-13 NOV 2016

© Lea Lund & Erik K



DIMANCHE 13 NOV 2016 | 9H > 11H

ATELIER DE TRADUCTION

Espagnol (Guinée équatoriale)

ANNELISE ORIOT

Matinga, sangre en la selva de Joaquín Mbomio
Bacheng

Carte de Guinée-Equatoriale



Quelques écrivains guinéo-équatoriens contemporains

- Joaquín Mbomio Bacheng
- Juan Tomás Ávila Laurel
- Remei Sipi
- Nina B. Camó
- Melibea Obono
- Trinidad Morgades
- María Nsue
- Raquel Ilombe
- Donato Ndongo Bidyogo
- Justo Bolekia Boleká
- Juan Balboa Boneke
- Leoncio Evita Enoy

Matinga - Sangre en la selva

Joaquín Mbomío Bacheng

pp. 10-15

Cuando tuvo uso de razón y cuerpo de mujer, entre ritos y mitos, su nombre saltó al viento y fue flotando sobre las olas del mar, como una leyenda de la tradición riomunense. De esta manera debutó su vida itinerante con paso de mujer y estela de sirena en la interminable playa. De tiempo en tiempo y de cuando en cuando, su llegada a los poblados se anunciaba con cantos de Ivangha que se oían de costa a costa, llevados por la brisa marina, desde Punta Mbonda hasta Punta Cuhe y desde Punta Ngabe hasta Punta Negra.

Más tarde, cuando salía de viaje, cuando bajaba a Corisco o cuando subía a Punta Mbonda, provocaba, casi siempre, un gran chaparrón en los bosques de Bolondo. Con el desorden que se creaba, se alejaba sin oír la sorda y muda protesta del alto vegetal que se quedaba solo y se quejaba, agitando violentamente sus ramas al aire y dejando caer sus frutos secos con furia marina. Durante la borrasca en el vecino bosque, una vieja ceiba que había visto nacer a los dos gemelos, el animal y el vegetal, también ponía sus púas en punta, inclinando sus hojas como señal de descontento y signo solidario con el cocotero triste.

[...]

De esa manera, la ninfa de la selva que vivía en la playa, pasaba los días de su existencia conviviendo con su universo como pieza clave del equilibrio biocósmico de su entorno circundante. Era como un compromiso ancestral, un diseño existencial, que implicaba profundamente a los

elementos naturales de aquel círculo con los espíritus del mundo tradicional que, con desgarrado fervor, seguían protegiendo la quintaesencia del misterio que englobaba el pasado universo africano. Por eso, ella llevaba impreso en su ser, un complejo formato biogenético que abarcaba las características de las tres categorías esenciales y visibles de la esfera terrestre tanto la animal, como la vegetal y la mineral.

Era ésta la plasmación de su destino natural. Muy pronto, su existencia alcanzó la plenitud de su vida, penetrándolo todo con su dilatada sensibilidad y agudo espíritu sensorial. Dominando con su influjo el largo espacio del litoral riomunense desde Río Campo hasta Río Muni; derramando y esparciendo su ensalmo durante sus largas expediciones y caminatas a lo largo de la costa junto a la mar inmensa. Matinga, es el nombre que le dio su madre al nacer, se había iniciado en la triple obediencia y la estricta observación de las reglas y mitos más relevantes de las tierras de Mbini. Fue iniciada en el rito del bueti, como miembro emérito de este sesgo del sincretismo religioso, en el mismo lugar donde nacía el río Ndote. Se inspiró del soplo del mibili donde brotan las aguas saludables del Jandje, y le impusieron el genio del Odomle entre las profundas raíces de un okume solitario, donde toma sus aguas el río Mikomo. Conocía perfectamente todos los actos y ritos de esas liturgias que marcaban la pauta de su existencia playera ndowe; hija de la tierra y del mar.

[...]

Cuando Matinga alcanzaba las orillas del mítico río batense, se mojaba los cabellos y se lavaba la cara; cogía una barca y se dejaba llevar río adentro hasta el centro mismo del espacio fluvial. En medio del río, entre dos vados, la ninfa de Bolondo inmovilizaba su cayuco y, absorta en sus

pensamientos, se quedaba quieta y muda como una estatua de roca hecha de ébano. Desnuda en medio del río, erguida en su barca, su piel negra sin pliegues abandonada al aire libre se ofrecía vulnerable y sin pudor a las mil caricias de los rayos solares que derramaba el intenso cielo azulado. Era como un halo protector que rodeaba todo su cuerpo penetrándola suavemente, se quedaba como embobada, alucinada, al tiempo que una intensa sensación la atravesaba de arriba abajo como una corriente eléctrica desde la cabeza hasta los pies. Una ola de pasión encendía sus ojos y su mirada ardiente se perdía en la contemplación íntima de los mil añicos del espejo fluvial, que con asombrosa nitidez reflejaban lo más profundo de su ser, sin fallar línea ni menguar detalle, calando en lo más hondo de su cuerpo.

[...]

Cuando rompía el alba y el día se levantaba, ella se despertaba y salía de su éxtasis profundo saltando del cayuco. Ya en la orilla, pisando la arena, emprendía el camino de regreso a Bolondo siguiendo la senda de la playa junto a la selva. Entre la tierra y el mar. Este era el camino de su vida, una estela entre la arena vertida por sus ancestros hacía varios lustros. Matinga no iba a clase, nunca frecuentó la escuela, aquello no era su mundo. Hija de la selva y planta silvestre, ella se dedicaba ante todo a "sus labores", como decimos en Guinea. La flora era su colegio. Matinga era africana, de esa Africa profunda, virgen y pura, violada e ignorada que había brotada como una flor inocente hacía millones de años y que veía pasar el tiempo, siglo tras siglo, año tras año, de pueblo en pueblo y de tribu en tribu, cómo sus pétalos, todavía húmedos, se marchitaban al paso del cruento sol de norte, con las mil invasiones de ordas bárbaras, moras y blancas. Estas que con

furor y frialdad asesina le habían llevado la savia tierna de su cuerpo santo con interminables expediciones allende los mares, cuando no socavaban sus ricas raíces en aras de una inigualada empresa colonial. Esta era Matinga; joven y vieja, pasado y futuro, libre y esclava, gozosa y pasionaria. Todo un mundo, una historia, la historia de una niña que vivía con candor las noches templadas de su existencia al borde del océano. Vivía allí, ella, en el precipicio del universo, en la frontera del mundo. Desde donde partieron millones de ancestros suyos para nunca más volver. Mirar la mar inmensa todos los días era para ella como llorar y recordar día a día, a aquella gente cautiva que el tiempo se llevó. Matinga nació así; en medio de la historia, a mitad de tiempo, entre dos dramas, en el entrecruce de dos mundos: el mundo colonial que se iba y el mundo modernista postcolonial que llegaba. Nunca perteneció a ninguno de los dos, su cordón umbilical seguía ligado al pasado ancestral de la extirpe playera. Su madre vivía en Corisco y ella en Bolondo, donde murió su padre al que nunca conoció.